

caperuza del loco a quien pertenece es a Manila.

En la tercera y última parte se nos aclara el asunto Manila-Mara-Mortenblau, pero a la vez asistimos a otro tormento, el que soporta Valdivia cuando de pronto descubre los asuntos que rodean a su hija Vera:

Y entonces comprendió que el ojo era más rápido que el oído, porque ya estaba dentro y preferiría no haber visto nunca aquello. Preferiría no haber visto a la muchacha rubia depositando una maleta con grilletes y consoladores de látex obre una mesa; preferiría no haber visto la deslumbrante belleza del joven nadador tullido que se acariciaba los genitales enormes; preferiría no haber visto los seis ojos de mujer vueltos hacia su sexo, ebrios de pura paz, viviendo en el reposo absoluto de la dejación física, de la suspensión mental, de la abolición del tiempo y el espacio; preferiría no haber visto la cámara en el techo...

"Me llama la atención que vivamos en un mundo en que los padres han perdido a los hijos. La otra situación nos resultaba más familiar: la de los niños que al perder a sus padres crecen en orfanatos o tienen que buscarse la vida como pueden. Lo que ocurre ahora es distinto: llega un momento en que la comunicación se rompe y unos y otros se convierten en extraños. Ya no hablan la mismas lengua".

Pozuelo Yvancos lee como clave del libro la nota sacada de uno de los cuadernos de Mortenblau (pág. 163):

El mal encuentra justificación en su existencia. El mal no necesita prueba ontológica, ni reducción al absurdo, ni fe o profetas. El mal es su propia expectativa.

Mi vida me ha enseñado que es el bien lo que precisa de justificación. Es el bien lo que necesita un por qué, una causa, un motivo. Es el bien lo que, en realidad, constituye el más profundo de los enigmas.

Ivan Shmeliov. El sol de los muertos. El olivo azul. 21 €



Es obligado referir lo que llevó a Ivan Shmeliov (1873-1950) a escribir esta excepcional novela, y Gabriel Sofer, en el prólogo, aporta los siguientes datos biográficos de: "Inició su carrera (...) bajo el padrinazgo de Máximo Gorki. El enorme éxito de su novela *El hombre del restaurante* -parábola moderna del hijo pródigo escrita en 1911-, le convirtieron en uno de los escritores más admirados de su generación. Celebra la Revolución de Octubre como el "fin de la autocracia", pero, poco después, a raíz de varios viajes a Siberia en los que constata los primeros efectos de la misma sobre la población rural, decide pasar a la península de Crimea, ocupada por el ejército del general "blanco" Wrangel en el que su único hijo, Sergey, sirve como oficial. Los bolcheviques ofrecen una amnistía a los combatientes del otro bando, y los Shmeliov deciden no seguir al exilio al ejército "blanco" derrotado en 1920. Pronto esa oferta prueba ser una farsa: su hijo será fusilado sin juicio previo en 1921". Dice en Babelia Luis Matías López que esa tragedia "le marcó a fuego", y por eso cuando poco después Shmeliov se exilia e instala en París, en 1923, a punto de cumplir 50 años, y escribe, en apenas siete meses, "en estado febril", **El sol de los muertos**, "refleja un pesimismo profundo e infinito. Sin matices, con desgarró, a tumba abierta, con las entrañas más que con la pluma".

Thomas Mann, que lo visitó en aquellos meses de 1923, en su "morada de pobres de la calle Chevert", dejó del encuentro el siguiente testimonio: "Hay algo desgarrador y espantoso en Iván Shmeliov, particularmente cuando lucha por encontrar las palabras... y trata de paliar lo que le falta para expresar sus pensamientos acentuando con más intensidad sus frases, y gesticulando vivamente con sus manos diáfnas de enfermo, lo que da lugar a que nuestra emoción se acreciente... Sin mencionar lo que hombres como este han sufrido en sus carnes o las atrocidades que han debido de ver con sus propios ojos, lo que nos afecta en lo más profundo, ante todas las cosas, inspirándonos una compasión extrema y un respeto infinito, es la representación del desamparo moral, de la satánica degradación y aniquilación del idealismo revolucionario del que todo ruso que e saliera poco o mucho de lo ordinario estaba imbuido, y que ha sido arrastrado por el fango por la experiencia vivida de una realidad en la que lo humano era indisoluble de los bestial...".

Leemos en las primeras páginas de esta novela:

Sí, he tenido un sueño... un sueño algo extraño, esas cosas que no te pasan en vida.

Todos estos meses he tenido sueños fastuosos, ¿a santo de qué? Ni realidad es tan miserable... Palacios, jardines... Miles de habitaciones que no eran habitaciones, sino una lujosa sala de los cuentos de Sherezade con arañas de fuego azules, fuegos de otro mundo, con mesas de plata sobre las que hay miles de flores, de otro mundo. Yo camino y camino por las salas, voy buscando...

A quién voy buscando entre grandes suplicios, no lo sé. Acongojado, inquieto, me asomo por unas ventanas enormes: tras ellas hay jardines, prados y valles que reverdecen igual que en las pinturas antiguas. Parece que el sol brilla, pero ése no es nuestro sol...

Luis Matías López sombrea esta novela como "una pesadilla en la que se sueña que, al despertar, la realidad es aún más horrible. Y un alegato feroz contra la pasividad de quienes desde Occidente, saludaban el amanecer de una nueva era. Para él, sólo quedaba horror en estado puro. "Fumad vuestros cigarros", lanza a quienes justifican al régimen soviético. "Malgastad vuestras palabras, el agua estridente de vuestras vidas. Fluirá cual desechos hacia las cloacas (...). Puedo ver en vuestros ojos el sol de estaño, el sol de los muertos"".

En ABCD, Almudena Guzmán, que titula su reseña [Los olvidados](#), señala con acierto que es "el aliento lírico" el que dota a esta obra de una profunda unidad, porque "El flujo continuo, intenso y deslumbrante de imágenes, asociaciones y metáforas hace realmente difícil la tarea de destacar algunos ejemplos sobre otros, pero sí que se pueden establecer con facilidad las ideas "tutores" que sustentan la hiedra del estilo extraordinariamente puro y terso de Ivan Shmeliov. En primer lugar, está la idea de la Revolución bolchevique, y sus efectos, como una regresión en la Historia del hombre: "En sus gritos puedo oír los rugidos de la vida animal, de la antigua vida de las cavernas que conocieron estas montañas y que ahora ha regresado"".

Las constantes "comparaciones entre el ser humano y la Naturaleza" es otra de las ideas tutoras que encuentra Almudena Guzmán, y nos a los siguientes ejemplos: ""Pensamos... No tenemos en qué pensar. Las piedras piensan así, durante miles de años yacen en una idea inmóvil. No van a ningún sitio; se desgastan, desaparecen" (p. 104); "por viñas y collados, están pegados, asidos a las grietas y ocultos, los insectos-humanos, viven pero no respiran" (p. 145)".

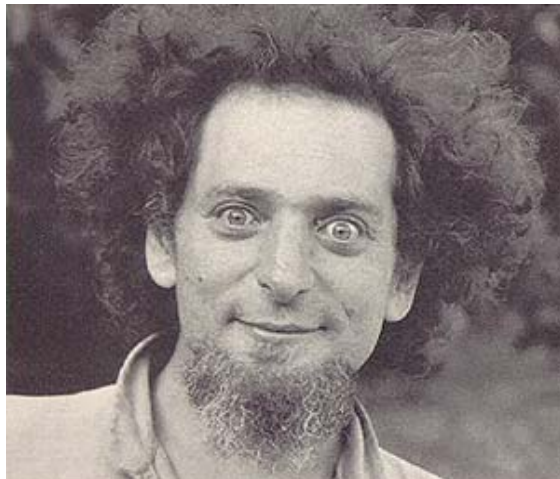
Señala por último la desolación absoluta que traspasa la obra "de principio a fin porque el hambre espantosa, el miedo atroz y el aislamiento claustrofóbico que sufren han convertido a los supervivientes (...) en fantasmas olvidados vacíos de toda esperanza".

Coincido con Almudena Guzmán, en lo difícil que es entresacar citas de esta novela, pero aquí van algunas:

...el Manco, el carpintero de la Quebrada Seca, se comió ayer el perrillo alazán de Minets... Y esta semana vi a su mujer haciendo tortas de harina. Nosotros todavía tenemos algunos almendros... Y creo que ella todavía tiene la alfombra y alguna gargantilla singular... una gargantilla de cristal, ¡de París! ¡No sabe cuánto tormento puede llegar a haber! ¿Y cómo se va a acabar? Es el sol que nos engaña, su brillo todavía nos llega al alma. (p. 34)

-Y ahora iba por el cerro, por donde la dacha del antiguo comisario de policía, en invierno allí se murió un caballo... miro y hay unos chicos... ¿Qué están haciendo con los huesos? Miro... están tumbados boca abajo ¡y roen la pezuña! La mordisquean y gruñen. Me quedé espantada... parecían perrillos. Me entraron unas arcadas, vomité, perdone que se lo diga así... y encima sin comer... Bueno, pero por la alfombra de terciopelo solo me han dado tres libras de cebada... ¿Y mañana qué haremos...? ¡Ya falta poco! Agita el brazo, recoge los palos y se aleja, vacilando, por poco no tropieza. No presente lo que pronto le ocurrirá, que preparará haska... ¡con sangre! ¿O sí lo presente? Ahora recuerdo... en sus ojos había sincero espanto... Hablaba a menudo de su Lenia, quien tenía intención de ir a la estepa, a conseguir trigo a cambio de algo... (p. 52)

Una travesía de Perec a Bolaño. Por *Enrique Vila-Matas*.



Parece que Vila-Matas ha alcanzado el exigente estado del genio. Aquello que él escribe rebosa talento o genio, nos hace pensar, y sobre todo disfrutar. En esta ocasión el paseo que nos propone arranca en Georges Perec y acaba en Roberto Bolaño.

Vila-Matas está sentado en el café Tabac de la plaza de Saint-Sulpice. La pieza de Vila-Matas se titula [Café Perec](#) (háganse un favor leyéndola), porque así era conocido por algunos el Café Tabac, el café en el que escribía Perec en los años setenta, y "se dedicaba a catalogar esta plaza y anotar de ella muy especialmente "lo que generalmente no se anota, lo que se nota, lo que no tiene importancia, lo que pasa cuando no pasa nada, salvo tiempo, gente, autos y nubes". Aquí escribió **Tentativa de agotar un lugar parisino**, un libro que consistía en una meticulosa larga lista de lo que había visto en la plaza a lo largo de varios días diferentes. En su momento lo leí con infinita diversión. Allí había anotado Perec todo lo que pasaba cuando no pasaba nada y había excluido de su lista sólo lo que pudiera resultar demasiado trascendente, y